



Autor desconocido. Inauguración de la Exposición Arqueológica, 1938. © Instituto Colombiano de Antropología e Historia

¿Seremos capaces de pensar un día una *cultura* verdaderamente *culta*?

Pensando en Patricia Ariza

Notas de un trabajo en curso.

Miguel Huertas, marzo 20 de 2023



Adelantando mis investigaciones sobre la educación artística que me llevaron a proponerme una visión genealógica de las maneras como se han enseñado las artes, lo que viene a ser de hecho una historia política del arte, empecé a sentir en un momento dado al frente mío una especie de frontera. De pronto, era como un golpe impensado con un muro invisible, otras veces como la extrañeza que no notas enseguida en un ambiente en el que se habla de cosas de las que no tienes noticia o, incluso, en un idioma que se parece al tuyo, pero es diferente.

Poco a poco, fui dándome cuenta de que ese límite definía los contornos de un mundo al que nunca he pertenecido, como la inmensa mayoría de la población, que, aunque esté siempre a la vista, en realidad nunca vemos, pero igual determina fuertemente la vida social, generalmente a su favor y no al nuestro: el mundo de las élites. Algunas obras literarias me dieron unas pistas, algunos trabajos sociológicos otras y empecé a ver su sustancia, sus relaciones con el campo del arte y con los discursos de Nación. Muy aleccionador el panorama que las propias élites crean de sí mismas en momentos de exaltación, resentimiento o profunda decepción en novelas como *De sobremesa* de José Asunción Silva, *Los elegidos* de Alfonso López Michelsen o *Sin remedio* de Antonio Caballero.

¿Nos pondremos alguna vez en Colombia a la altura intelectual y moral que requiere pensar un país que sea en verdad un “Estado social de derecho, organizado en forma de República unitaria, descentralizada, con autonomía de sus entidades territoriales, democrática, participativa y pluralista, fundada en el respeto de la dignidad humana, en el trabajo y la solidaridad de las personas que la integran y en la prevalencia del interés general” (palabras que abren la redacción de la Constitución Política de 1991)?

Permítanme las personas que lean este comentario que inicie con una serie de lugares comunes, entre ellos uno de los más socorridos: citando el diccionario de la Academia. No es por cliché, ni por atajo; se justifica porque la Academia es una de las principales instituciones constructoras de la hegemonía moderna, ella nos ha dotado de un lenguaje tanto para nombrar, como para discriminar y de unos instrumentos para actuar sobre la realidad, que seguirán siendo dominantes, hasta tanto no seamos capaces de trascenderla construyendo unas instituciones menos discriminadoras.

La definición de *cultura* en el diccionario inicia con tres acepciones: “Del lat. *cultūra*. / 1. f. cultivo / 2. f. Conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico. / 2. 3. f. Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.”. Igualmente, incluye una expresión: “cultura popular / 1. f. Conjunto de las manifestaciones en que se expresa la vida tradicional de un pueblo”. También define el término *culto(a)*: “Del lat. *cultus*. / 1. adj. Dotado de las calidades que provienen de la cultura o instrucción. *Persona culta. Pueblo, lenguaje culto*”.

El juego de palabras del título se refiere tanto a la distancia que aún tenemos a treinta años de la promulgación de la Constitución del cumplimiento de su primera declaración y a la mayor causa que parece tener ese cumplimiento: la dificultad de pensarnos en esa otra dimensión.

El sentido común nos dice que para superar un problema es reconocer que existe. Verdad de Perogrullo, si no sabemos o nos negamos a admitir la falla, ella seguirá orondamente existiendo y creciendo a sus anchas. Es decir, hacernos los tontos frente a un problema no hace que desaparezca; ninguna solución viene milagrosamente si no hacemos nada. Seguir negándonos a pensar que en nuestras cotidianidades se manifiestan claramente discriminaciones, descalificaciones hacia otros y hacia nosotros mismos no hace sino prolongar un sistema de inequidad y de injusticia que otorga a Colombia un lugar de preminencia en los registros de violación de los derechos humanos más elementales.

Resultarnos pensable otra condición no es imaginarla en todos sus detalles ni tener todas las respuestas, pero sí saber que el cambio no es más de lo mismo y los detentadores del poder saben perfectamente que mantener en la indigencia nuestra voluntad de cambio exige requiere de la pobreza del pensamiento, lo cual se garantiza con la mala educación y la incultura. Imponernos las ideas de que la educación se reduce a la transmisión acrítica de unos contenidos predeterminados y que la cultura popular se reduce a unos contenidos lamentables determinados por negociantes del espectáculo y no por la voluntad de construir sentido a la realidad o por las tradiciones profundas de las comunidades, ha sido una constante en los proyectos de gobierno de este siglo.

“Atreverse a pensar es empezar a luchar” decía el encabezado de la revista *Alternativa* en los años setenta.

La banalidad nos rodea, La ignorancia cunde, el facilismo del pensamiento lo invade todo. Y no es accidente. Es el proyecto de las élites desde los comienzos de la república y aún antes: es el proyecto que instauró la Colonia. Desde los discursos de los gobiernos hasta los dictámenes de la fundación Compartir o de grandes columnistas de los periódicos afectos al poder, siempre se denuncia la mala educación; y siempre se termina diciendo que es culpa de los profesores. Pero cuando uno estudia de verdad las causas del problema se encuentra con una realidad muy diferente: la mala educación ha sido una política de estado para preservar la inmovilidad de las élites.

En el sector de la Cultura, este proyecto de las élites ha impuesto siempre en nuestro territorio la idea de hay *alta* y *baja* cultura. José Caycedo y Rojas, destacado intelectual colombiano, músico él mismo, decía en 1849:

“El tiple, decíamos, es una degeneración grosera de la española guitarra, lo mismo que nuestros bailes lo son de los bailes de la Península. Para nosotros es evidente que nuestras danzas populares no son sino una parodia medio salvaje de aquéllos.”

...

Volvamos al tema que hemos enunciado. Nuestro tiple es una degeneración informe de la vihuela: un vestigio de las antiguas costumbres peninsulares mal aclimatadas en nuestro suelo. vestidas casi siempre con el traje indígena, y caracterizadas con el sello agreste de nuestra América; vestigios que están connaturalizados con la índole y genio de nuestros pueblos.

Más adelante, Alberto Urdaneta, fundador de la Escuela Nacional de Bellas Artes y de la Primera Exposición de Bellas Artes en 1886, decía, a propósito de una de las obras expuestas en este evento:

“...el primer cuadro, la primera pintura en tela, que sustituyó á los rojos dibujos de los hijos de Chiminigagua: el estandarte de Quezada: el Cristo llamado ‘De la conquista’. De ahí data, puede decirse, la historia del arte entre nosotros”.

En las primeras décadas del siglo XX, Gustavo Santos, musicólogo y uno de los principales críticos de arte, liberal, futuro primer director de la Sección de Bellas Artes del ministerio de Educación, decía en un artículo:

Nuestra historia musical propiamente dicha comenzó el día en que Colón, rodilla en tierra, con la cruz en la mano y el pabellón castellano en la otra, tomó posesión del continente americano al són de los clarines y trompetas del rey de España, como cuentan los historiadores. Aquella fue nuestra primera página de historia musical

El propio Luis Alberto Acuña, hoy todavía saludado como el gran pintor del indigenismo en Colombia, siempre dejó claro que si bien, “el arte de los indios colombianos y como él el del resto de las culturas autóctonas de estos continentes, constituyen la primera jornada, la génesis de una nueva sensibilidad y de una recia mentalidad genuinamente americanas”, no es propiamente Arte (él mismo dice que arte con A mayúscula sólo existe entre nosotros con la llegada de los españoles y consiguientemente, de la religión católica)

Porque el interés artístico es muy diferente del arqueológico, por modo que un objeto cualquiera puede presentar grande importancia para la Arqueología, pero un ínfimo valor como producto de arte”: “Sometidos los productos artísticos que los indios colombianos nos son conocidos a este riguroso escalafón ineludible que la Crítica establece y la Arqueología Clásica admite, y siendo el arte uno si bien sus manifestaciones múltiples, resulta comprobado que el de nuestros indígenas cubrió, en el mejor de los casos, el período primitivo, grandemente en el arcaico y allí se quedó sin poder rebasarlo, ni menos aún lograr su iniciación en las perfecciones del clásico, en el cual el genio personal, dueño de la experiencia, proclama su libertad absoluta fundamentada en la sabiduría.

Aquí se esboza un problema estructural de nuestra vida cultural. Lo que incluye y lo que no incluye el discurso oficial. La definición de *cultura* y la condición de ser *culto*; a saber, construir un conocimiento que no tiene que ver con nuestros sentimientos originarios, sino con eso que se ha llamado la “Cultura Occidental” puesta hoy en gran peligro por toda clase conspiraciones anticivilizatorias, nos dicen las élites que

han impuesto secularmente su mirada con el eficaz recurso del control del gusto. Si la antigüedad de las referencias que invoco puede hacer sospechar que éste es un discurso anacrónico relacionado con épocas e ideas ya pasadas, solamente insistiré una vez más (y seguiré tercamente denunciando el hecho mientras siga existiendo) que la dirección de Divulgación Cultural de la Universidad Nacional hace más de una década, amparada en esa espuria división entre *alta* y *baja* cultura eliminó totalmente el carácter universitario a su museo de arte, entregándolo totalmente al interés de una persona particular que lo ha manejado como su fundación privada.

Constitución política de Colombia (1991):

Artículo 7. El Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la Nación colombiana.

Artículo 8. Es obligación del Estado y de las personas proteger las riquezas culturales y naturales de la Nación.

Artículo 67. La educación es un derecho de la persona y un servicio público que tiene una función social: con ella se busca el acceso al conocimiento, a la ciencia, a la técnica, y a los demás bienes y valores de la cultura.

Las integrantes de los grupos étnicos tendrán derecho a una formación que respete y desarrolle su identidad cultural.

La cultura en sus diversas manifestaciones es fundamento de la nacionalidad. El Estado reconoce la igualdad y dignidad de todas las que conviven en el país. El Estado promoverá la investigación, la ciencia, el desarrollo y la difusión de los valores culturales de la Nación.

La insidiosa política de las élites colombianas de control estricto de los discursos de la historia desde los inicios de la República, perfeccionada desde finales del siglo XX, llevándola al rango de olvido histórico y pérdida de la(s) memoria(s) nos condena a la imposibilidad de cumplir ese sencillo anhelo modernista de imaginar un mundo mejor; vale decir, un mundo sin clasismos, ni racismos ni patriarcalismos. Esa condena seguirá vigente en tanto no nos pongamos nosotros mismos a la altura de comprender nuestros orígenes, nuestros verdaderos sentimientos, nuestras verdaderas tradiciones y desmontemos de una vez por todas los rezagos de colonialismo de nuestra vida social.

Estas notas derivan de algunos trabajos que he realizado y de otro que se halla en curso en el que ampliaré estos argumentos. La razón para que decidiera adelantar algo de su publicación deriva directamente de los acontecimientos que llevaron a la salida de Patricia Ariza del Ministerio de Cultura. No hablaré de temas abundantemente tratados en los medios formales y alternativos; no tengo relación directa con los contextos específicos en los que se desarrolló la corta trayectoria de la ministra Ariza; así, no tengo nada que decir sobre ellos. Lo que sí siento que debo expresar públicamente es una preocupación legítima por lo que puedan significar los

acontecimientos relacionados con su salida en un momento en que el país se encuentra en un momento extremadamente complejo en relación con un gobierno que, por primera vez en nuestra historia, no fue decidido por las élites y que está siendo sometido consecuentemente a una guerra sucia en todos los frentes (expresión que no desconoce ni descalifica las críticas serias y fundadas, que existen y son necesarias, pero pocas), y en el que se mueven fuerzas históricas cuya magnitud desborda la inmediatez y la superficialidad de la percepción cotidiana.

Es necesario decirlo: así nos neguemos a confesarla e, incluso, a percibirla, en la cultura hegemónica colombiana hay una situación que incluye elementos de clasismo, racismo y patriarcalismo duros, dañinos e innegables y los prolonga. Estos elementos han sido cultivados con o sin consciencia, de buena o de mala fe, por las élites en el poder como una herramienta para mantenerse sus posiciones de privilegio.

No parto de una posición simplista de oposición pobres - ricos. Sé muy bien –Lévy-Strauss, por ejemplo, lo describió muy bien- que en toda relación social existe un rango lógico de desconfianza por el otro; que la diferencia contiene rasgos de irreductibilidad que no permiten engañarnos soñando con mundos unánimes. “Es necesario elegir entre hacer una sociedad desigual con hombres iguales o una sociedad igual con hombres desiguales. Quien tiene aprecio por la igualdad no debería vacilar: los individuos son seres reales y la sociedad una ficción. Es para los seres reales que la igualdad tiene valor, no para una ficción”, dice Rancière.

No es posible estandarizar la vida; como profesor veo todos los días esta catástrofe de educación basada en *estándares*. Los autores que mencioné antes fueron personas valiosas para el país, seguramente honestas y probablemente, si resucitaran y se vieran incluidos en este comentario, estarían en principio muy ofendidos porque pensarían que les atribuyo intenciones que nunca creyeron tener, dirían que nunca pensaron alimentar discriminaciones o racismos, pero lo hicieron. Con sus mejores intenciones contribuyeron a la consolidación de un pensamiento general de descalificación que hoy, nosotros que podemos ver mejor el panorama, debemos enmendar. No los condenaría en un tribunal histórico, pero sí condenaría a nuestras generaciones por la ceguera autoimpuesta en relación con esas cuestiones.

En este sentido, describo solamente dos ejemplos muy actuales, ambos relacionados con la figura de la vicepresidenta Francia Márquez. El caricaturista Matador, quien se ha caracterizado por construir imágenes muy críticas frente al mundo político, al punto de recibir insultos y amenazas por incomodar al poder, publica en el periódico El Tiempo (uno de cuyos dueños es el hombre más rico de Colombia) el día de ayer (marzo 19) una caricatura llamada “viene de abajo” en la que la vicepresidenta (no, en rigor, no lo dice, es una mujer afrodescendiente, pero sabemos a quién se refiere), colgada de la escalerilla que sale de un helicóptero que tiene un letrero “Uber”, grita al piloto: “señor conductor, aterricemos en el ‘D1’ para comprar las arepas para el desayuno”. Aparte de poco graciosa, es una imagen ofensiva; es una burla desalmada a los pobres y un insulto directo a una persona íntegra con cuyo pensamiento,

expresiones y dicción se puede estar de acuerdo o no, pero que sin la menor duda representa con una enorme dignidad un proyecto político que sí, surge de “abajo”, de los sectores que no solamente el sistema político colombiano, sino toda la modernidad eurocéntrica han negado sistemáticamente, relegándolos a la marginalidad, pero que, a pesar de siglos de depredación, sigue y seguirá existiendo porque la diferencia es connatural a los seres humanos.

Con mensajes como ese, Matador se suma a toda una andanada feroz de medios de comunicación corporativos y a contradictores políticos sin argumentos de peso para criticar la gestión de una persona en su cargo y se aferran de un hecho plenamente justificado por la historia social cargada de violencia contra lo que representa Francia Márquez como política, como mujer, como afrodescendiente y como originaria de una comunidad pobre. Su “denuncia” lo único que denuncia es la ausencia de argumentos políticos reales, la pobreza de pensamiento, el interés mezquino de ver la paja en el ojo ajeno; en últimas, su propio racismo estructural.

Con su aura de héroe que ha sido perseguido por todos los sectores por su independencia y valor, no solamente se vincula a una acusación pueril sino que ahonda indignamente en la ofensa dando declaraciones en las que compara las burlas que hizo a un viaje de la anterior primera dama porque usó un avión de la fuerza aérea para viajar entre Cartagena a Bogotá solamente para cambiarse de vestido, como si fuera de verdad comparable un capricho vacacional a la situación que vive una persona que está no solamente amenazada por su trabajo en pro de los derechos de la ciudadanía y, de hecho, enfrentó **otro** atentado reciente a su vida. Y profundizando en la ignominia, la remite a consultar la venerable figura del expresidente de Uruguay Pepe Mujica para que le sirva de ejemplo. Como si de verdad fueran comparables las situaciones de los dos países; ¿en serio se puede creer que en Colombia cualquier activista social puede llegar tranquilamente conduciendo su viejo Volkswagen todas las noches a dormir pacíficamente en su cama? Así, se suma a la doble moral de muchos que glorifica la inteligencia y austeridad del presidente guerrillero uruguayo y criminaliza el régimen del presidente guerrillero colombiano.

Hay cosas que deben ser dichas, aunque una de las cosas que menos quisiera uno es ir a caer de pronto en manos de un chistoso con audiencia, que un día amaneció sin escrúpulos.

El segundo ejemplo, igualmente indignante: estalla un escándalo mediático a partir de unas acusaciones contra uno de los hijos del presidente Petro. Ciudadanos como yo, ajenos a todos los contextos referidos, no podemos decir nada aún, pues todo se basa en acusaciones que no han sido investigadas y no tenemos información completa sobre todo lo que está en juego. El propio presidente se apresura a solicitar investigación; sus seguidores lo toman como un acto de honestidad muy poco común en nuestra clase política y sus detractores como prácticamente una prueba de culpabilidad no solamente del hijo, sino del padre. En fin, apenas declarado el escándalo y sin la distancia crítica necesaria para establecer un juicio, así sea

preliminar, se publica un artículo en la revista Cambio, que posa de independiente y de practicar un periodismo muy responsable. ¿El título del artículo en el que se describen los “lujos” que rodean al acusado que, insisto, no ha sido ni investigado a profundidad ni juzgado aún? “La vida sabrosa de Nicolás Petro”.

Vivir sabroso es una expresión central en el proyecto político de Francia Márquez. ¿Qué relación tiene con el hijo del presidente, su forma de vivir y sus movimientos políticos y económicos? Ninguna.

NINGUNA.

No importa que con infinita paciencia desde la campaña presidencial la doctora Márquez haya explicado el sentido ancestral, simbólico y político de esa expresión (perdón por usar el término *ancestral*, ya personajes como Matador la han degradado con sus ironías banales). No importa el sentimiento y el deseo de las comunidades que conviven con el hambre, la violencia, la explotación y la marginalidad. No importa la seriedad del pensamiento no occidental, no eurocéntrico, no elitista de esa expresión; no importa la absoluta gratuidad del sarcasmo del titular, había que lanzar la ofensa. Y esta vez, ni siquiera se puede escurar el insulto con el disfraz del humor: no es un chiste, es un artículo de “investigación”.

Una palabra final: de unas décadas para acá se ha vuelto estrategia común de cierta clase de personas y de partidos asociados con el maltrato y la corrupción, una forma de argumentar que pretende dar la vuelta a las denuncias hasta el punto de que los victimarios posan como víctimas. He usado bastantes veces en este comentario el término *élites*. Sé perfectamente que, de un lado, se me puede criticar que uso una categoría difusa; también que parecería sacada de una forma arcaica de pensar de una izquierda que promulga la peregrina idea de que hay que enfrentar a los pobres con los ricos como salida fácil para configurar un enemigo abstracto y culpar a la “gente de bien” de todos los males del país.

Cuando uno trata de investigar la realidad colombiana, con todas las dificultades relacionadas con la destrucción de archivos, control de los discursos, ocultación de documentos, asesinatos de testigos, etc., uno va encontrando la ausencia gravemente importante: en Colombia no se ha hecho sistemáticamente una historia de las élites. De esta manera, la categoría *élites*, sí, en una cierta medida permanece difusa. Pero hay estudios y se están multiplicando. La síntesis de uno de ellos, muy reciente, *Élites, poder y principios de dominación en Colombia, (1991-2022)*, realizado por Jenny Pearce - Profesora e investigadora Latin America and Caribbean Centre LSE y Juan David Velasco Montoya - Profesor de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales Universidad Javeriana, propone esta definición: “son individuos, familias o redes que tienen la capacidad de dictaminar, reproducir, disputar y transformar los principios de dominación en una sociedad” y, siguiendo a Bourdieu, “los principios de dominación se establecen a partir de la disposición de

una o varias formas de capital”. Esas formas del capital son: “**Económico:** financiero y activos materiales, **Cultural:** conocimiento, gustos y espacios de disfrute, **Simbólico:** reputación, reconocimiento, prestigio y honores, **Social:** redes de parentesco y relaciones clientelares”.

Al definir las élites, en dicho estudio se recurre al concepto de *constelaciones*, que da mejor cuenta del conjunto de factores que entra en juego, más allá de la idea de que pudiera existir una sola élite homogénea.

No se trata aquí de hacer una reseña completa, el informe publicado es en sí mismo una reseña de un estudio bastante más amplio y muy documentado que, insisto, no es el único al que se puede acceder sobre la naturaleza de las élites en Colombia, véase, por ejemplo, el informe de La Fundación InSight Crime, *Élites y crimen organizado en Colombia*; son documentos que se encuentran fácilmente en la red, y solamente recojo algunos datos que arroja el estudio de Pearce y Velasco:

Temas tratados. La subordinación de los militares a las élites civiles como principio de dominación / La sacralización de la propiedad privada como principio de dominación / La primacía de la Política transaccional / La primacía social y cultural de los hombres blancos que nacieron en la región andina y que fueron educados en universidades privadas de Bogotá / Apego a las reglas de juego de la democracia representativa...

..

¿Cuántos y quiénes son?

Se identificaron **1.281 personas** que pertenecen a las élites colombianas en las últimas tres décadas. Esto permitiría inferir que el **0,02% de la población** ha dirigido el rumbo del Estado y la economía

Se identificaron **44 familias** cuyos miembros son propietarios o accionistas principales de algunas de las 1000 empresas más grandes según el ranking publicado de la Revista Semana

Se identificaron **68 familias** cuyos miembros han permanecido en **altos cargos estatales en las últimas tres décadas**

[digamos, de paso, que el informe está ilustrado con caricaturas de Matador]

Importantes indicios, por ahora. El estudio continúa. No como a veces lo pensamos, pero sí es cierto que podemos nombrar grupos de élites que han dominado el país desde la Colonia. A propósito de esta última aseveración y para terminar con una dosis de [buen] humor, que siempre hace falta, permítanme finalizar este comentario citando a Bernardo Tovar Zambrano, en *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, 1994, capítulo “La historiografía colonial”, a propósito de la concepción de la historia en la Academia

colombiana de historia, a partir de su fundación en 1902 (hecho que de por sí ya tenía una alta significación, pues así la historia “salió de su ostracismo”, según Tovar):

Todos los propósitos enfatizados por los académicos citados corresponden a los postulados de la llamada Historia Patria, para la cual los héroes y la guerra de Independencia son unos de los hitos primordiales de la historia nacional; vale decir, constituyen parte esencial del mito fundador de la patria colombiana. A partir de este enfoque, la historiografía académica establece su retrospectiva colonial e incluso prehispánica; de esta manera, el pasado indígena es descrito como una fase de la sociedad primitiva, caracterizada por la barbarie, el salvajismo y la antropofagia, con algunos elementos de civilización, concepciones en las cuales —dicho sea de paso— se puede observar, entre otros aspectos, el influjo de los mitos del buen salvaje y del caníbal en función de un discurso no exento de discriminación étnica; el Descubrimiento y la Conquista son apreciados como los hechos que permitieron el advenimiento de la civilización, en medio de hechos heroicos y también de abusos, atropellos y crímenes cometidos por ciertos conquistadores; finalmente la Colonia es vista como una época en la cual, bajo la dominación española, se formaron algunos elementos fundamentales de la nacionalidad colombiana.

Igualmente, cita a Germán Arciniegas, quien fue presidente de la Academia —para mostrar que, de todos modos, había voces disidentes en ella:

No era del todo nuevo que un miembro de la Academia criticara la historia heroica. Ya lo había hecho Germán Arciniegas en 1940, en un artículo titulado ‘¿Qué haremos con la historia?’, escrito en Buenos Aires en febrero de dicho año. A propósito de una polémica entre dos académicos en la que se deslizaban elogios y diatribas respecto de sus ancestros familiares, Arciniegas advertía que en Colombia se estaba confundiendo la historia con la genealogía. Con cierto humor expresaba que de nueve millones de habitantes, más de ocho y medio quedarían por fuera de la tradición nacional por no tener abuelo conocido en la guerra de la Independencia. “Cada vez que una blanca cabeza se levanta por detrás del pupitre de la Academia, y con voz casi imperceptible anuncia: ‘yo soy el chozno de mi tatarabuelo’, vuelvo a mirar con ternura al resto de mis conciudadanos y se me ahoga la voz pensando pobrecillos vosotros, que no sois choznos”.



Autor desconocido. Delegación de indígenas nasa con el alcalde de Bogotá, Gustavo Santos. Agosto de 1938, © Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Fotografías tomadas de: 'Enlazar para celebrar: hacer posible la exposición arqueológica del IV Centenario de Bogotá', Aura Lisette Reyes Gavilán, Credencial Historia febrero de 2021, con fines exclusivamente educativos.